SOLOS EN ESTE MUNDO

La_Gabopedia (Gabriel Leal)

Capítulo 1

SOLOS EN ESTE MUNDO

(25 de Termidor del Año 94 de la Nueva Era)

Siempre me ha costado comprender muchas de las cosas de las que hablan los chicos más grandes, tanto que a veces pienso si no soy algo tonta. Como cuando, hace dos semanas, uno de ellos dijo sentirse como "si estuviéramos solos en este mundo".

Pero hoy, encerrada en el Salón de Cómputo, castigada junto a mi nueva compañera de dormitorio, supongo que tendré tiempo para pensar en ello.

—Niñas —nos dice la maestra AF-09-57-19, a la que nunca veo sin el brillante prendedor dorado con forma de rosa en la solapa de su mono color gris—, en la pantalla de sus computadores se encuentra el tratado que deben leer. Cuando terminen preparen un ensayo sobre como dicho tratado explica por qué lo que hicieron hoy estuvo mal y cuál es la forma correcta de comportarse de un digno ciudadano del Edén.

—Maestra —le digo— pero tardaremos horas.

—Tienes todo el día para hacerlo, AG-25-83-13. Así tú y AF-15-83-03 aprenderán a resolver sus problemas sin recurrir a los golpes. Volveré por ustedes cuando terminen las clases de la tarde.

Y sin decir nada más se va.

Aún no son las nueve y estaré encerrada en este salón hasta pasadas las cinco de la tarde, sin otra compañía que la chiquilla de piel oscura y cabello rizado que lleva ya varios días molestándome... incluso parece que nos dejaran sin almuerzo para completar el castigo.

Vaya si será un día largo... y todo porque hoy, durante la hora de ejercicios que hacemos todas las mañanas en la Explanada Central del Centro de Formación, mi nueva compañera y yo nos fuimos a los golpes después que la empujara, harta de que me estuviera llamando como a esos pajarracos de cabeza rojiza que hacen sus nidos en los altos árboles del bosque cercano.

Volteo hacia la esquina opuesta, donde ella está sentada, y adivino en su mirada que está tan molesta como yo lo estoy.

Será mejor ignorarla y hacer lo que dijo la Maestra, así que volteo y, apoyando los codos en el escritorio para poder sostener mi cabeza entre

las manos, empiezo a leer. El documento en el computador es uno de esos largos y aburridos tratados sobre los valores del Edén que empiezo a leer sin ganas mientras vuelvo a pensar en lo que dijo ese chico sobre sentirse tan solo.

En mi grupo, el de los chicos de once años, hay ciento sesenticinco chicos y chicas, divididos en tres secciones... y algunos de los grupos de los chicos mayores son incluso más numerosos. Así que eso de estar solos en el mundo parecía no tener sentido.

Pero hace tres semanas, cuando terminó la Fiesta del Solsticio de Verano, cambiaron la distribución de las habitaciones por lo que tengo nuevas compañeras de dormitorio; eso hace que todo se siente extraño, muy extraño. Ahora, encerrada junto a esta chica a quien conozco poco y me agrada aún menos, sintiendo que a nadie puedo contar lo que siento, que nadie va a evitar que siga molestándome, empiezo a ver que eso de sentirse solos en el mundo no es algo por completo sin sentido.

La primera vez que cambiaron la distribución de las habitaciones yo era muy pequeña y no recuerdo bien como me sentí al respecto, aunque recuerdo que hablábamos poco entre nosotras durante los primeros meses. Ahora, cuatro años después, acostumbrada a las que eran mis compañeras, siento que las voy a extrañar... a pesar de que nunca fuimos demasiado cercanas.

Sobre todo, voy a extrañar a Dos, como llamaban a mi compañera AA-29-83-05. Ella y yo somos las únicas chicas del grupo, y casi de todo el Centro, con el cabello ligeramente pelirrojo, aunque a mí se me nota más que ella. Así qué en vez de llamarnos por nuestros Números de Identificación, AG-25-83-13 y AA-29-83-05, nos llamaban Roja Uno y Roja Dos, o Uno y Dos para hacerlo más corto.

Ahora tengo que empezar de nuevo, volver a pasar por ese largo periodo de aprender a soportar a mis nuevas compañeras de dormitorio. Creo que esta vez será más difícil pues las tres son unas chicas raras y no sé cómo voy a hacer para convivir con ellas. La primera, AG-10-83-08, es una chica tímida, de enormes y brillantes ojos, que parece estar siempre alegre sin ninguna razón en especial; fue la única en hablarme el día que nos asignaron habitaciones, cuando con pena me pidió ocupar la parte inferior de la litera porque le dan miedo las alturas. La segunda, AF-30-83-12, es una chica largirucha de cabello negro que habla poco y no parece querer hacer otra cosa sino dormir. Y por último está AF-15-83-03, la chica de piel oscura y cabello rizado con quien me agarre a golpes esta mañana, la que se sienta en la esquina opuesta del salón donde nos han dejado castigadas.

El salón, el castigo, el tratado que debemos leer. Me doy cuenta qué he seguido leyendo de forma automática, pero sin recordar nada de lo que he

leído. Tengo que volver a empezar y ahora concentrarme si quiero terminar la tarea antes que la Maestra regrese.

El documento es uno de esos largos discursos que repiten sin cesar cómo debemos "cuidar los unos de los otros" y trabajar por "la eterna gloria del Edén y nuestros hermanos"; no me cuesta entender por qué la Maestra nos obliga a leerlo.

Y es que no se supone que los ciudadanos del Edén se hagan daño los unos a los otros, no es de buenos ciudadanos resolver los problemas con violencia, como mi nueva compañera y yo hicimos esta mañana; por el contrario, se supone que todos cuidamos de todos, que otros con su trabajo cuidan de nosotros y que, con el tiempo, nosotros cuidaremos a todos los demás con nuestro trabajo.

Ya antes la humanidad intento resolver sus problemas de forma violenta, construyó ejércitos y armas terribles para que los hermanos mataran a sus hermanos... y después de la Gran Guerra, cuando ya muchos habían muerto, llegó el virus del Armagedón para acabar con los que quedaban. De las lecciones que la humanidad aprendió durante ese desastre nacen los valores sobre los cuales se funda el Edén.

Supongo que estas son las cosas que la Maestra quiere que ponga en mi ensayo, así que trato de leer con más cuidado, no porque en realidad me interese, sino porque quiero que pronto acabe este tonto castigo... pero lo que leo no hace sino terminar de asustarme y preocuparme.

Se supone que de ese desastre, de la guerra y la enfermedad, aprendimos a respetarnos, cuidarnos, y confiar; se supone que somos un todo y que cuidando de mis hermanos cuido de mí. Pero entonces me doy cuenta qué para cuidarnos debemos apartarnos de los demás y que confiar significa no conocer a quienes cuidamos con nuestro trabajo; entonces recuerdo que, cuando haya cumplido dieciseis años y llegué la Fiesta del Solsticio, escogeré una de las ocho profesiones y renunciare a mi misma para entregarme por completo al Edén y así cuidar a mis hermanos a través de mi trabajo.

Me doy cuenta qué, así las cosas, no importa si me llevo bien o mal con mis compañeras de dormitorio, si me molestan o no, si me siento cómoda o no, si me defiendo o callo... siempre estaré sola. Es cierto... de pronto me siento sola, muy sola, terriblemente sola. Sin importar que en el Centro vivamos cientos de chicos y chicas, acomodados en grupos de cuatro en las habitaciones de los grises bloques, no conozco a nadie que aprecie ni tampoco nadie que me aprecie a mí.

Y en medio de la inmensa soledad que parece empezar a tragarme

escucho la suave voz que viene de la otra esquina del salón.

—¿Por qué me empujaste esta mañana, Eva?

La voz hace que abandone mis pensamientos. Es ella, es mi incómoda nueva compañera que empieza a molestarme de nuevo.

—No me llames así. ¡No me gusta que me llames así...!

Le digo molesta.

—Yo pensé que te gustaba.

Lo dice como si fuera una cosa sin importancia.

—¿Pero cómo se te ocurrió tal cosa?

En este momento no estoy de humor para soportar sus imprudencias.

—La chica rubia, la que ahora comparte dormitorio con la otra chica pelirroja, me dijo que te gustaba que de dijeran así.

La chica rubia que ahora comparte dormitorio con Dos, por supuesto: esta es otra de las pesadas bromas de AA-17-83-06, la insoportable rubia a la que llamamos Encanto por su obsesión con la planta que usan para fabricar anestésicos y que desde siempre ha disfrutado metiéndonos a todos en problemas. Así que fue idea de ella.

—¿Entonces fue Encanto quien te dijo que me llamaras así?

Pensé que pasaríamos el día en completo silencio, molestas con la otra desde nuestras respectivas esquinas; pero pronto me encuentro vuelta hacia ella, llena de curiosidad por lo que mi nueva compañera de habitación tenga que decir.

—Bueno... no en realidad.

Se sonroja y encoje de hombros, como tratando de hacerse chiquita en su asiento; una actitud rara en ella, quien desde el principio me pareció una chica atrevida, valiente y temeraria.

—¿Entonces...? ¿De quién fue la idea?

—Se me escapo comentarle que te parecías a esas aves que anidan en el bosque cercano, las de cabeza blanca y copete rojo a las que llaman Evas. Entonces ella me dijo que, en realidad, así era como te llamaban.

—Entonces si fue idea tuya.

Otra vez estoy molesta, de brazos cruzados y el ceño fruncido, tan molesta que es imposible que ella no se de cuenta y trate de calmarme de nuevo.

—Fue sin querer.

—¿Llamarme como a esos feos pajarracos?

—Yo creo que son bonitos... y como eres una niña bonita no me pareció raro que en verdad te llamaran así.

No lo dice por quedar bien conmigo, lo dice de forma tan sincera que me toma por completa sorpresa. Nunca nadie me había dicho que fuera una niña bonita; por el contrario, siempre he pensado que no soy gran cosa: tan delgada, pálida y siempre insegura. Pero parece que a esta chica le agrado... tanto que lo que yo consideraba un constante intento de molestarme no era sino algo que hacía para tratar de llevarse bien conmigo.

—Bueno, en todo caso no lo hiciste con mala intención. Supongo que podemos olvidarlo, si te parece bien.

Ya no estoy enojada con ella, comprendo que no quería hacerme sentir mal y que todo ha sido una confusión favorecida por los caprichos de Encanto. Ella responde con una enorme sonrisa, mostrando sus blancos y bien alineados dientes antes de contestar:

—Por supuesto. Si vamos a ser compañeras de habitación es mejor que nos llevemos bien.

—Eso ayudaría mucho. Supongo que también sería bueno platicar con las otras dos chicas de nuestro dormitorio.

—La que duerme en la litera debajo de ti esta siempre tan alegre que llega a desesperarme... pero supongo que tienes razón y será mejor si nos llevamos bien las cuatro.

No puedo dejar de reír cuando dice aquello. Es cierto que la chica de enormes y brillantes ojos que comparte litera conmigo parece estar siempre contenta, pero a mi no me desespera... incluso es algo que me agrada.

—Busquémoslas al terminar el castigo —le digo— y tratemos de cenar todas juntas. ¿Te parece?

—Es una gran idea.

—Bien... ahora terminemos de leer esto y escribamos algo rápido, si no quien sabe que otro castigo nos pondrá la Maestra.

Ella asiente y ambas volvemos a concentrarnos en el largo documento que nos han dejado leer, pero pronto vuelvo a escuchar su voz llamándome.

—Oye... ¿igual te puedo seguir llamando Eva?

—No me termina de gustar... suelen llamarme Uno.

—Bueno... tampoco es una gran forma de llamarte. Eva me gusta más.

—No sé... ya lo veremos. ¿A ti te llaman de alguna forma?

—Solían llamarme Felina.

—Me parece muy apropiado, considerando cuanto te gusta andar trepando por todas partes. ¿Te gusta que te llamen así?

—No lo sé. Ya me acostumbré... supongo.

—Bueno, entonces no tenemos por qué cambiar eso.

Ella sonríe otra vez y, sin decir nada más, vuelve a enfocarse en la pantalla del pesado computador que tiene frente a sí.

Veo a través de ventana y adivino por el brillo del sol que nos acercamos al medio día. Empiezo a sentir que muero de hambre porque por culpa del castigo nos saltamos el desayuno y palidezco pensando que de seguro no comeremos nada sino hasta la hora de la cena... pero ya no estoy molesta. Todo ha sido un mal entendido y aquella chica de piel oscura y cabello rizado, de blancos y bien alineados dientes, valiente y temeraria, no quiere tener problemas conmigo; y yo tampoco quiero tener problemas con ella... incluso me siento tonta por haber caído en la trampa que Encanto nos tendió a las dos.

Será mejor concentrarme en la tarea, en terminar de leer el largo, aburrido y ahora preocupante documento... esforzarme por escribir un pequeño reporte que tranquilice a la Maestra en vez de mostrar la tristeza, soledad y preocupación despertó en mi.

Entonces me vuelvo hacia mi nueva compañera de dormitorio y le pregunto:

—Felina: ¿a veces no sientes como si estuviéramos solos en el mundo?

Ella se me queda viendo con una expresión de asombro; la he tomado por sorpresa con mi tonta pregunta y es obvio que no tiene ni idea de lo que hablo. Sube la vista hacia el techo, como solemos hacer todos cuando buscamos una respuesta dentro de nuestra cabeza, y después de un rato me dice:

—Si, a veces me he sentido así... pero ahora las cuatro podremos estar solas juntas. ¿No creés?